SERMON DE HONRAS

POR

LOS MARINOS ESPAÑOLES

MUERTOS GLORIOSAMENTE
EN EL PACÍFICO EN LA GUERRA CON LAS REPÚBLICAS DEL PERÚ
Y CHILE,

PREDICADO

POR EL DR.
D. Sebastian Herrero y Espinosa de los Monteros,
CANÓNIGO
DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL
DE CADIZ
Y MISIONERO APOSTÓLICO.

Impreso por acuerdo del Excmo. Ayuntamiento.

CADIZ.
EDUARDO GAUTIER, LIBRERO-EDITOR,
CALLE DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 25.
1866.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA,
A CARGO DE D. FEDERICO JOLY,
CALLE DE LA BOMBA, NÚMERO 1.

✠

" Noctem verterunt in diem, et post ténebras spero lucem."

"Convirtieron en dia la noche y despues de las tinieblas espero la luz."

(Job. 17.—12.)

EXCMOS. SEÑORES.

¡Qué imponente y lúgubre escena se presenta ante nosotros, dó quiera dirijamos nuestros espantados ojos! Qué repentina y pavorosa transformacion observamos hoy en esta espaciosa Basílica!—Ayer profusamente iluminado el tabernáculo y rebosando la alegría en nuestros semblantes, entre las acordes armonías del órgano sagrado y al vuelo general de las campanas, cantaban los Levitas del nuevo testamento el himno de los Ambrosios y Agustinos, bendiciendo al Omnipotente por los triunfos y las glorias de la escuadra española en los mares del Pacífico, y con especialidad, frente á las blindadas torres del Callao.

Hoy..... lo estais viendo..... fúnebres blandones y amarillas teas; túmulo sepulcral y trofeos de muerte es lo que vemos; melancólicas endechas y ayes y lamentos, es lo que escuchamos. Ayer alzábamos alborozadas nuestras frentes al cielo y esclamábamos: «A tí, Dios alabamos, á tí Señor reconocemos.» Hoy, fijos los ojos en tierra, inundados los corazones de amargura, repe-

timos la queja del mas paciente de los siervos de Dios; *Saggittæ Domini in me sunt*: las saetas del Señor me han herido, atribulado está mi espíritu, los espantos del Señor militan contra mi: *terrores Domini militant contra me.* (Job.—6.—4.)

¿Cuál la causa, Señores de esta tan pavorosa transformacion?

¡Ah! inútil es preguntarlo: si no oigo la contestacion de vuestros lábios, ilustres y vencedores marinos, con harta claridad la leo en vuestros ojos, y harto tambien lo dicen los latidos de vuestros apenados corazones.

Entre las calurosas ovaciones que os rinde la madre patria agradecida, entre los cánticos de bendicion y de gloria que alzáramos al Dios de Sabahot, tres veces Santo, un ¡ay! ayer apenas perceptible, pero que hoy se deja oir con voz vibrante y magestuosa, arranca torrentes de lágrimas á nuestros ojos y hondos gemidos á nuestros atribulados corazones. Es la voz de nuestros hermanos, es la voz de vuestros compañeros que con vosotros pelearon y á quienes fatal disparo de poderosos cañones cortára en flor sus preciosas vidas en los supremos instantes que auguraban la victoria. Es la voz de esos guerreros héroes que parece nos dicen desde las mansiones de la expiacion. «Apiadaos de mí, ó vosotros al menos mis amigos, porque la mano del Señor me ha herido.» (Job.)

Pues bien, cristianos, contened por un momento vuestras lágrimas, porque la noche de su infortunio se ha trocado en dia, y despues de las tinieblas esperan la luz. *Noctem verterunt in diem et post tenebras spero lucem.* Así prorumpia el Santo Job en medio de sus indecibles amarguras, y este es el pensamiento, que para honrar la memoria de nuestros héroes, muertos gloriosamente en el Pacífico, me propongo desarrollar hoy, si recibo las inspiraciones de la gracia.

Al morir honrosamente estos bravos marinos, con-

virtieron la noche de su infortunio en luminoso dia, por la gloria que el mundo rinde á sus cristianos y heróicos hechos: *noctem verterunt in diem*. Despues de las tinieblas de la muerte, esperan tal vez en las mansiones de la expiacion, que nosotros les anticipemos con nuestros sufragios y oraciones, gozar la luz de la gloria eterna: *et post ténebras spero lucem*. Elevemos al cielo nuestro espíritu, oremos por esas almas privilegiadas y prestadme, os suplico, por breves instantes vuestra piadosa atencion.

I.

La historia universal en multitud de sus páginas nos revela que si en todas épocas ha habido génios ilustres por la sublimidad y heroismo de sus empresas, belicosos capitanes que como Alejandro han hecho enmudecer la tierra, sorprendida del empuje de sus armas y sus múltiples victorias, así tambien todos los pueblos han procurado perpetuar la fama de sus héroes, temerosos de que el sepulcro guardase con sus cadáveres la fiel historia de sus brillantes hechos.

Impotente el hombre para volver la vida á los que á la eterna pasaron, ha conseguido al menos que esa terrible noche de la muerte se convierta en dia, por el recuerdo, la admiracion y la gloria que los pueblos consagran á los que los salvaron y enaltecieron.

Aun Roma no ha olvidado á sus Camilos y Escipiones, á sus Julios y Pompeyos; todavía celebra Grecia á sus Aquiles y á sus Pirros y Ulises, el Africa á sus Asdrúbales y Annibales, y Macedonia á sus guerreros que derrotaron al Persa, y Atenas á los que vencieron en Plateas á sus numerosos enemigos. Hasta los pueblos de la gentilidad, sumergidos en profundas tinieblas, rendian tributo á los esforzados varones, que si ya no

eran del número de los vivientes, sus hazañas, grabadas en el bronce y en el mármol, les hacian vivir en la memoria de las generaciones.

Pero corramos un velo á las proezas de los soldados de la gentilidad, que no hallando dique alguno que contuviera el devastador torrente de su ambicion y de su codicia, se entregaban á los mas espantosos desórdenes. La noche de la muerte es en la memoria de las generaciones dia luminoso para el guerrero cristiano que en las batallas y en los combates practicó las virtudes, que nunca olvidó era soldado del Dios de Sabahot, que vencido se resignó acatando los misteriosos designios de la Providencia Divina, y vencedor depuso sus laureles y palmas y coronas á los pies del Señor de la Magestad, convencido de que solo á El corresponden el honor y la gloria: *Soli Deo honor et gloria.*

Bajo solo este concepto debemos nosotros en el templo del Señor honrar la memoria de esos valientes marinos que en el Pacífico han dejado el nombre de Castilla á la altura á que lo eleváran nuestros gloriosos antepasados que descubrieron y conquistaron un nuevo mundo. Sí, herederos de Colon, de Cortés y de Pizarro: yo creo que el recuerdo de los sufrimientos y rota de Trafalgar, y de las glorias de Lepanto acaloraba vuestras mentes, levantaba vuestros corazones, cuando una envidiable muerte os hizo sellar vuestro valor como marinos españoles, y vuestra religiosidad como cristianos.

Ayer labios autorizados y elocuentes os describieron los rasgos mas brillantes de nuestra escuadra en la reciente lucha del Pacífico, y disteis al Señor las mas rendidas gracias. Permitidme sin embargo, os recuerde algo de lo que sufrieron aquellos por quienes alzamos al cielo fervorosas plegarias. ¡Si fuera posible que uno de vosotros, marinos de mi patria, que resististeis y apagásteis los fuegos del Callao, me prestase su elocuente voz y su ardimiento para describir lo que es un combate

en el mar, y como es allí donde se prueba el temple del corazon! Perdonadme, vencedores de Simancas, Navas de Tolosa, el Salado, Córdoba, Sevilla, Granada, Otumba y Bailen; no intento, no, oscurecer el fulgor de vuestras glorias al asegurar ó sentir por lo menos, que el combate en el mar exije un corazon mas sufrido, un valor mas sereno que la lucha en tierra, y este es un pensamiento brillantemente expresado por un ilustre marino contemporáneo; (1) voy á repetir algunas de sus frases casi al pié de la letra. Porque si el eco marcial de las bandas militares, y el sostenido tiroteo de las guerrillas, y el grito de carga de los combatientes, y el resuelto ademan de los cerrados batallones, y el relincho y galopar de los caballos, y el redoble del tambor, y el cruzar de los aceros, y la lucha cuerpo á cuerpo de numerosa gente, y mil y mil indescriptibles escenas escitan el corage del que pelea pisando con su planta la disputada tierra; en una lucha en el mar todo es sombrío, aterrador, horrible. Ver antes del combate cubiertas las baterías de seres humanos, inmobles como las estátuas de los sepulcros; contemplar las hilas que han de servir para empapar la sangre del amigo, del hermano, ó la suya propia, ver de trecho en trecho las tinas de arena para evitar que el vivo resbale en la sangre de los que vayan muriendo, observar al sacerdote vestido de estola, dispuesto á administrar el Sacramento de la Extremauncion á los moribundos, y todo esto y mil instrumentos de muerte encerrados en estrecho buque que tiene que combatir á la vez con su enemigo y con el mar y con los vientos, y ver las bombas cargadas, las mechas encendidas, y jarras de cobre llenas de pólvora amenazando devorar el buque al menor descuido.... y oir despues las primeras detonaciones y otras, y ciento y mil; y al través del humo que dificulta la respiracion y entre horribles

(1) D. Francisco Javier de Salas, teniente de navío en su obra titulada "Marina Española"

gritos, ver los cadáveres hacinados en las crujías en confuso monton con los heridos y saltar fragmentos de miembros humanos y quedar incrustados en las maderas, y observar por último, donde quiera desolacion, horror, muerte, sin poder contemplar al enemigo y cuerpo á cuerpo pelear hasta vencerle ó sucumbir en la campal batalla, todo esto, y mucho mas que esto es un combate en el mar. Convenid, Señores, en que para esta lucha de titanes, se necesita estar dotado de un corazon sufrido, sereno, de un valor indefinible.

Pues bien: los que ahora son objeto de nuestros sentidos recuerdos y piadosos sufragios, despues de una larga série de privaciones y sacrificios, que solo comprende el hombre de mar, arrostrados con la entereza de marinos españoles y la resignacion que solo sabe y puede inspirar el Evangelio, paréceme se dijeron con el religioso valor del Macabeo: «si nuestra hora ha llegado, muramos con valor en defensa de nuestros hermanos.» *Moriamur in virtute propter fratres nostros.* «Peleemos por nuestras vidas y por nuestras leyes.... acordémonos de las obras de nuestros padres, y ganaremos una grande gloria y un nombre eterno.» *Mementote operum patrum quœ fecerunt in generationibus suis, et accipietis gloriam magnam et nomem eternum.* (Mac. E.—1. —40.—54.) ¡Bien cumplieron su empeño, humillando la altivez del chileno y peruano, oponiendo, y esto la historia lo escribirá en páginas de oro, buques de madera y levantados pechos á los formidables disparos de las torres del Callao!

¡Dia, dos veces grande, dos de Mayo! En los momentos mismos en que se conmemoraba el heroismo de los defensores de nuestra independencia en la capital de la monarquía, un buque que lleva su nombre, *Villa de Madrid*, y otro que recuerda páginas muy brillantes de nuestra historia, *Almansa*, vieron caer muertos dos bizarros guardias marinas de nuestra ya céle-

bre escuadra. Murieron peleando en una guerra justa. ¡*Godinez* y *Rul* sacrificados defendiendo en lejanos mares el honor de nuestra patria, el mismo dia en que *Daoiz* y *Velarde* murieron gloriosamente defendiendo nuestra independencia! Una misma fué la causa: de hoy mas esos cuatro nombres, vivirán juntos en la memoria y el corazon de los Españoles. ¡*Daoiz, Velarde, Godinez, Rul*!

Hidalgos por la cuna y por sus hechos, de sentimientos levantados y generosos, esos dos jóvenes marinos, *Godinez* y *Rul,* nos enseñan hoy á todos el camino de la verdadera gloria, en el cumplimiento de sus deberes como soldados cristianos, en la subordinacion y obediencia á sus gefes, en su paciencia, en las privaciones y serenidad en los peligros; católicos como españoles y como españoles valientes, sacrificando la vida, en lo mas florido de su juventud por su patria y por su Reina.

Permitidme, Señores, consagre á la memoria de uno de ellos especial recuerdo; que lazos de amistad muy estrechos y vínculos espirituales muy sagrados, á él me unian; y esta mencion especial, es el tributo de lágrimas que el afecto del amigo y el corazon del sacerdote consagran á su memoria. Hijo de un probo y noble magistrado, el malogrado guardia marina *D. Enrique Godinez* vivió entre nosotros y supo captarse el general aprecio. Cádiz le vió siempre pundonoroso, leal, honrado. Cádiz le vió frecuentar los templos para orar, cumplir sus deberes como cristiano, y recibir con religioso fervor los sacramentos de la penitencia y Eucaristía. No mucho antes de lanzarse á los peligros del mar y los combates, recibió juntamente con la absolucion sacramental, la bendicion del sacerdote, y despues... vosotros lo sabeis y la historia registra ya sobre este hecho una brillante página: el mismo dia de haber sido dado de alta por la herida que sufriera en el Abtao, despues, cubriendo impávido un puesto de honor en la batería

de su fragata, una bala enemiga trituró y deshizo su cráneo; su cuerpo recibió honrosa sepultura entre las olas, y su alma penetró en los insondables abismos de la eternidad, y con él hasta treinta y ocho valientes de las acribilladas fragatas *Almansa*, *Berenguela*, *Blanca*, *Resolucion y Villa de Madrid*. Gloria, señores, á esa porcion escogida de la Marina Española. Dignos son ciertamente de que el mundo les tribute el honor y la alabanza; la patria los admire y considerando que es legítima esta gloria, yo no puedo menos de esclamar con el Santo Job. *Noctem verterunt in diem*, han convertido la noche de su infortunio en luminoso dia, porque pelearon y murieron cumpliendo con los deberes que de ellos exigian la religion y la patria.

Pero la gloria en este valle de lágrimas, por legítima que parezca, es, cristianos, fugáz, transitoria. Nace en el tiempo y con el tiempo muere. Hay otra gloria, otro triunfo que están por cima de todas las glorias y triunfos de la vida, y esta gloria es, la posesion de Dios por toda la eternidad; y esta es, la que nuestros héroes esperan, si todavía moran en las misteriosas mansiones de la espiacion. Despues de las tinieblas de la muerte esperan quizás les anticipemos con nuestros sufragios gozar la refulgente luz de una gloria eternal: *Post tenebras spero lucem*. Y este es, cristianos, el preferente religioso objeto que nos ha traido hoy á esta Santa Basílica para ofrecer nuestros sufragios al pié de los altares y elevar nuestras plegarias hasta el trono del Altísimo.

II.

El dogma del Purgatorio que forma parte de la religion primitiva, de esa religion, señores, que ha revelado Dios desde el principio del mundo, y que por medio del lenguaje y de la tradicion, se ha ido estendiendo

por todos los pueblos de la tierra, es una verdad tan generalmente creida, que solo el hombre insensato y soberbio háse atrevido á disputar. La historia de la humanidad nos testifica, que en todo tiempo, en todo lugar, en las naciones todas, se ha creido este dogma altamente consolador. El principio cardinal, digámoslo así, de la justicia de Dios, que establece la eternidad de las penas para los pecadores que mueren en la impenitencia, la eternidad de los premios para los justos perseverantes y la existencia de un lugar intermedio en donde las almas de los escojidos se hallan retenidas hasta la completa expiacion de sus faltas; este principio que nos manifiesta la justicia de Dios y nos deja entrever los inmensos abismos de su infinita misericordia, ha sido, repito, reconocido y confesado por todos los pueblos de la tierra. En las épocas mas remotas como en la actualidad, en los paises civilizados como en los salvages, se ha creido este dogma que solo Dios ha podido enseñar al hombre. Es cierto que el paganismo ha alterado, ha manchado este dogma divino con absurdas ceremonias y ritos crueles; pero en el fondo ha creido, ha confesado que existe un purgatorio en donde las almas se purifican y donde alcanzan, para abreviar sus tormentos, las súplicas y sufragios de los vivientes. Esta tradicion y universal creencia, están fundadas en multitud de páginas de las Santas Escrituras, así del antiguo, como del testamento nuevo.

Yo agraviaria vuestra fé de católicos, si me detuviese en demostraros, que las tenebrosas comarcas de que se hace mencion en el libro de Job, y la prision oscura de que habla el profeta rey, y la aridéz de aquel lago sin agua de donde salen las almas en virtud de la sangre del testamento, de la sangre del mediador, se refieren indudablemente á aquel lugar espiatorio. Yo agraviaria vuestra fé de católicos si os recordara que aquellas palabras de Jesucristo (S. Mateo 5-26). *Amen dico tibi*,

non exies inde, donec reddas novissimum cuadrantem. En verdad os aseguro, no saldreis de la cárcel, hasta que hubiereis pagado vuestra deuda hasta el último cuadrante. Y otras muchas sentencias consignadas en el santo Evangelio patentizan de una manera palmaria la existencia del Purgatorio. Porque todos, señores, y este concepto es del apóstol de las gentes, todos cuantos levanten el edificio de su salvacion eterna sobre los fundamentos de la fé y gracia de nuestro Señor Jesucristo, aun cuando parezcan puros como el oro, resplandecientes como la plata, brillantes como las piedras preciosas, si conservan alguna leve mancha, defecto ó imperfeccion, han de ser purificados en el crisol del fuego. *Sic tamen quasi per ignem.* (1.ª Corintios-3-10-15). Este es el terrible efecto que produce en las almas la justicia de Dios. Pero su infinita misericordia sale al encuentro para templar los rigores de su justicia. Que nunca, cristianos, levantó el Señor tan alto el brazo de su justicia, que no pudiera alcanzarlo, y detenerlo la blanda mano de su misericordia. Su misericordia es quien permite que ese fuego devorante pueda ser mitigado ó estinguido para algunas almas por medio de las preces y sufragios de la Iglesia militante en la tierra. Este es el órden admirable en que está trazada la obra de nuestra redencion. Mientras vivimos en esta vida transitoria, nos hallamos colocados entre la Iglesia triunfante en el cielo y la Iglesia que expía en el Purgatorio. Los bienaventurados interceden por nosotros y nosotros intercedemos por los que están aun penando, aunque tengan la seguridad de entrar en el reino de los cielos. Los Santos nos alcanzan de Dios favores y beneficios, y nosotros podemos alcanzar beneficios y favores para las almas que moran en aquella mansion de llanto y fuego. Que en los momentos mismos en que son heridas por la justicia de Dios, su misericordia nos permite aliviar sus penas, acelerar sus tormentos y anticiparles el feliz ins-

tante de entrar en la Santa Sion y participar de sus eternas delicias. Si esas almas no pueden merecer, dice San Buenaventura, pueden ser ayudadas por nuestros méritos. Ved porque se nos inculca en las Santas Escrituras, que el pensamiento de rogar á Dios por los difuntos es santo y saludable. *Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defuntis exorare.* (Machab. 2.°-12-46.)

¿Y qué obra mas santa y saludable, despues de la accion de gracias elevada ayer por nosotros al Omnipotente, que ofrecerle oraciones y sacrificios en sufragio de los que murieron peleando por el honor de nuestra patria? Así, señores, lo realizó, con edificacion del pueblo de Israel, uno de sus mas esforzados caudillos. Judas Macabeo, afamado guerrero en quien se hermanaran la piedad y el valor, despues de haber salvado á su pueblo de un completo esterminio, recuenta su ejército, y al ver los claros que en él dejara gran número de valientes, muertos en el ardor de la batalla, forma el santo designio de ofrecer á Dios sacrificios en el templo de Jerusalen para impetrar su clemencia en favor de los que habian sucumbido defendiendo la fé que heredaron de sus padres.

¿Y no es ese mismo Santo objeto el que ha congregado hoy en este templo á numerosa gente, unidos en estrecho lazo el sacerdocio y el municipio, la milicia y el pueblo? ¿Y no es eso mismo, laureados marinos, lo que os ha conducido hoy al pié del ara santa, no repuestos de vuestras penalidades y sacrificios? ¿No es verdad que penetrados del mas vivo dolor por la memoria de vuestros dignos compañeros, cuyos cadáveres fueron recogidos por las olas, teatro de vuestros triunfos, habeis venido hoy, no á recibir ovaciones, sino á derramar lágrimas y á elevar al cielo fervorosas preces? Porque, señores, el marino español no se amedrenta ni arrostrando desigual combate, ni luchando con la tempestad; pero llora y llora como un niño al escuchar el golpe de un ca-

dáver querido cayendo sobre las olas. Ah! vosotros al menos, despues de haber afrontado indescriptibles peligros, pisásteis ya la tierra de la suspirada patria. Pero y ellos? Ellos si aun no han expiado hasta las mas ligeras de sus imperfecciones, entreveen, no la patria de un dia, sino la patria de una feliz eternidad, y aun no hallan franqueadas sus puertas. Quizá sienten una mano invisible que los sume en lóbrego y horrible calabozo. Tal vez se abrasan de sed, y ven correr las aguas cristalinas, sin poder gustarlas. Acaso anhelan ver la luz y se hallan sumergidos en profundas tinieblas. Tal es el suplicio de las almas en el Purgatorio. Entrever la patria del Cielo, la posesion de Dios, y no poder todavía penetrar en ella, porque una mano invisible las detiene en aquellas espantosas cavernas. Sed ardiente de ver á Dios las devora, por El suspiran y no pueden saciar esta sed. Solo Dios puede hacerlas felices, porque solo Dios es el objeto de sus incesantes clamores y Dios se les esconde. Ah! que este tormento, el de no ver á Dios, dice San Juan Crisóstomo, esta pena de daño les parece mas sensible que cien infiernos juntos. Su propia conciencia les dirige esta desgarradora pregunta. *¿Ubi est Deus tuus?* ¿En dónde está tu Dios?

¿No es verdad, católicos marinos, que vosotros herederos de la fé de vuestros padres, profesando todos los dogmas de nuestra Sacrosanta religion, y entre ellos el de la existencia del Purgatorio, habeis hoy venido á la casa del Señor para pedir la libertad de vuestros hermanos, no prisioneros del chileno y peruano, sino acaso de la justicia de Dios, ante la cual son menos que polvo las mas formidables baterías y los mejor templados cañones? Pues bien, no estais solos en vuestras plegarias, no estais solos. Cádiz siempre amante de las glorias de la patria, Cádiz, cuna de muchos valientes que honra la historia de nuestra marina, Cádiz, siempre religiosa, acompañada de la España entera, con

vosotros estaba, con sus votos, cuando luchábais en el Pacífico, con vosotros estaba, con su entusiasmo cuando el laurel de la victoria ornaba vuestras sienes tostadas por el sol y por la brisa del mar y por la pólvora de los combates, y con vosotros está ahora que deponeis vuestros trofeos y llevais vuestras lágrimas y oraciones al pié del altar.

Y nosotros, cristianos, á quienes la Divina Providencia no ha destinado á pelear con las olas y los vientos, ni contra los ingratos hijos de España que á su madre afrentan en Chile y el Perú, nosotros tenemos un alto ejemplo que imitar y una grande obligacion que cumplir. El ejemplo es el que nos han dado de fidelidad, obediencia, abnegacion, sacrificio y heroismo, esos bizarros marinos que murieron peleando por su patria y cumpliendo con sus cristianos deberes; la obligacion es ofrecer, como dice el elocuente Doctor de la Iglesia San Juan Crisóstomo, ofrecer por esos muertos cuya memoria nos es tan querida, no lágrimas estériles, sino preces, limosnas y sacrificios. *Non lácrimis, sed précibus elemosinis et oblationibus.* (Hom. 4.° In. 1. ad. Cor:) Dormid tranquilos en el dulce reposo de la paz, héroes augustos: el mundo actual no es digno de almas tan privilegiadas como las vuestras; que mal pueden avenirse los sacrificios de todo género y la obediencia que habeis prestado hasta la muerte con el refinado egoismo y la insaciable sed de placeres, y el vértigo de incesante rebelion que forman la atmósfera donde hoy mas que nunca, se agita el espíritu humano. Dormid, dormid en paz, y no volvais á aparecer en un mundo donde reinan la vanidad y la mentira; dormid en paz y vuestra gloria despierte el estímulo de imitar vuestros cristianos ejemplos, que arrancán aun de los corazones menos nobles, vítores, aplausos y bien merecidas coronas.

Ellos, ya lo hemos visto, han trocado la noche de su infortunio en dia luminoso, por la merecida gloria

que el mundo rinde á sus heróicos y cristianos hechos; y despues de las tinieblas de la muerte esperan de la misericordia de Dios la refulgente luz de una gloria eternal. *Noctem verterunt*, &c.

Y ahora cristianos, ahora que ya se ha ofrecido por esas ensangrentadas víctimas, la Víctima Incruenta sobre el ara del altar, el cordero de Dios que fué sacrificado peleando las peleas de su padre en el árbol de la Cruz; ahora, Excmos. Señores, denodados héroes del Callao, autoridades y corporaciones públicas, cristiano auditorio: elevad vuestro espíritu á la eternidad, á ese Océano sin fondo y sin orillas, que todo lo absorve, donde el ayer, el hoy y el mañana se abisman como en el mar los rios, donde corren á tropel, cual las olas impelidas unas por otras, las generaciones y los siglos. Mirad ese círculo inmenso cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna, y en seguida humillemos nuestras frentes en la presencia de Dios, olvidemos en estos supremos instantes nuestros triunfos y nuestras glorias, é íntimamente convencidos de que somos polvo y miseria, que solo Dios es grande, y que en su divino acatamiento no están limpios ni aun los mismos ángeles, pidámosle por los méritos de su sangre preciosísima, uniendo nuestros clamores á las oraciones que la Iglesia va ahora á elevar al trono del Omnipotente, pidámosle con todo el fervor de nuestros católicos corazones, paz para los muertos; que se abran en estos momentos las puertas del cielo y que las almas de nuestros héroes del Callao descansen en el Señor. *Requiescant im pace. Amen.*
